

La fiebre del crimen abrasaba y sostenía al bravo; la de los remordimientos, embargando su lengua, incapacitó á Catalina de proferir ni una sola queja. Lació el cuerpo, caída la cabeza, y azotando sus brazos, como si flojas cuerdas fuesen, la espalda del robador impío, oprimía su espíritu horrible angustia, la sangre circulaba apenas en sus venas, y agolpándosele al corazón amenazaba sofocarla... ¡Ah! ¡Dichosa ella, si entonces espirase! Pero la medida de sus delitos había colmado; llena estaba la copa del enojo de Dios; y el ángel de las venganzas, desplegando sus alas, mas sombrías que la oscuridad misma, en medio de las tinieblas de la tempestad, seguía con lúgubre vuelo, torva faz y amenazante brazo, la marcha de los dos malditos delincuentes, cuyos pasos con siniestros resplandores guiaba el príncipe de las tinieblas.

Todo iba ordenándose como á la consumación del crimen y al castigo de los criminales convenia: la perversidad de Catalina justo era que recibiese su merecido de mano de un ser todavía mas perverso que ella: pero no nos anticipemos á los sucesos.

Al cuarto de legua de camino, como decíamos, el peso del cuerpo casi inerte con que iba cargado, y lo penoso del andar en tinieblas por tierra escabrosa y desconocida, recibiendo el golpe de continua lluvia, y azotado por el huracán el rostro, agotaron casi las fuerzas de Corta-orejas, si bien eran hercúleas siempre, y fueron en aquella ocasion hasta sobrenaturales.

Hizo, pues, alto... ¿Dónde!—No lo sabia: hizo alto por no poder hacer otra cosa, para tomar aliento, y con ánimo de continuar su fuga luego, hasta donde hallase comodidad y ocasion de mayor descanso. A los pocos minutos, empero, de encontrarse sentado en un suelo húmedo y cenagoso, con la cadavérica Catalina en su regazo, y el paquete del oro siempre en la mano, un relámpago mas duradero que los anteriores, hízole divisar á algunos centenares de pasos de sí una pajiza choza cuya humildad misma la había hasta entonces preservado de la furia del viento. La vista del puerto deseado no causa al viajero mas gozo, tras larga y azarosa navegacion, que la de aquella choza al robador de Catalina; porque un abrigo cualquiera en tal noche, era, en efecto, precioso hallazgo; pero en las circunstancias en que Corta-orejas se encontraba, parecióle equivalente á la salvacion de su vida y tesoro.

Sin embargo, en aquella choza podia y probablemente debia encontrarse con alguno ó algunos salvajes, y en vez de la hospitalidad que necesitaba, con flechas á clavarse en su pecho dispuestas... ¿Qué le importaba eso al bandido! Bajo el colete de ante llevaba la cota de malla; la espada y la daga en la cinta; á pesar de los trabajos de la noche, robusto estaba su brazo; y ademas, á donde la fuerza no, la maña alcanzaria sin duda. En todo caso, era claro que la mujer cuya posesion anhelaba con frenética furia, iba á espirar si en breve

no hallaba donde guarecerla de la inclemencia del cielo; y aun cuando le quedaran el oro y las joyas, el bravo lo queria todo, y por lograrlo todo resolvióse á emprender aquella nueva temerosa aventura.

Formado, en consecuencia, su proyecto con enérgica rapidez, alzóse del suelo, cargó de nuevo sobre sus hombros á la desmayada fugitiva, y no andando nunca mas que cuando los relámpagos le alumbraban, pero entonces con lijereza suma, llegó en algunos minutos á los umbrales de la choza, al traves de cuyas frágiles paredes divisó el resplandor incierto de moribunda hoguera que, ardiendo en el hogar solitario, alumbraba aquella humildísima estancia.

Dejando entonces en tierra á Catalina, pero sin abandonar ni por un momento el paquete del oro y joyas, acercóse Corta-orejas á la choza, y sin otro preliminar ni ceremonia, en vez de pedir vénia ó llamar, deshizo fácilmente el zarzo de cañas con follaje revestido que de puerta le servia, franqueando así de un solo golpe la entrada.

Dos hombres habia en la cabaña: el uno, jóven, robusto, de color cobrizo, pintarrajeado el cuerpo, casi desnudo, y reposando en un lecho de hojas secas, sin mas abrigo que el de una lijera manta de algodón, era indudablemente un guerrero indígena. Cerca de sí tenia un arco, que pudiera dar envidia á los sármatas mismos, con abundante provision de largas envenenadas flechas, y el hacha famosa con que los salvajes de Norte-América acostumbran, no solo á lidiar, sino á desollar de un solo golpe el cráneo de los vencidos, para arrancarles entera la cabellera, que es el mas alto de sus trofeos.

La segunda persona que en la choza vió Corta-orejas, era un ser entre hombre y esqueleto, avellanado, enjuto, mal vestido ó mas bien suciamente desnudo, durmiendo en el suelo como un perro, y cuyas encanecidas barbas revelaban, sin embargo, que pertenecia ó pertenecido habia á la raza europea.

Y dormian el uno y el otro mientras retumbaba el trueno en la bóveda celeste, y muja el huracan devastando la tierra; y dormian descansando el salvaje en su ignorancia y en su fuerza, el hombre civilizado en su degradacion misma. Mas al caer bajo la férrea mano del bandido la débil barrera que del mundo los separaba, y penetrar libremente el viento en la choza, despertaron súbito el uno y el otro, clavando á un tiempo los asombrados ojos en la singular inesperada figura que ante ellos se presentaba.

Entonces Corta-orejas, dulcificando cuanto pudo su roncó acento, dijo:

—Soy un náufrago que, con su mujer, se ha salvado milagrosamente de las olas esta noche: vengo á pedirós la hospitalidad para entrambos.

Mirábale el salvaje, mientras hablaba, sin alteracion en el rostro, sin revelar con el mas mínimo movimiento que la presencia del extranjero le causara miedo ó sorpresa: mas tambien con el mismo aire indiferente con que escuchaba el golpear de la lluvia sobre la te-

chumbre de su choza. Pero así que el español acabó de hablar, dijo en tono brutal algunas palabras en su propio idioma al viejo esclavo, el cual, despues de responder sumiso en la misma lengua, dijo á Corta-orejas, en malísimo castellano por cierto, estas palabras:

—El *Aguila de las llanuras* consiente en recibirte en su cabaña; puedes ir en busca de tu compañera y traerla.

Mientras así decia el triste anciano, en su rostro y mirada advertíanse indudablemente señales de repugnancia y quizá de horror; ¿por qué? No quiso ó no pensó el bravo en averiguarlo por el momento, pues lo que urjia, en efecto, era poner á Catalina al abrigo de la tormenta y restaurar él mismo sus casi agotadas fuerzas. Sin detenerse, pues, ni á dar gracias por la hospitalidad que se le dispensaba, ni á indagar por qué extraño prodijio se hallaba un hombre de su raza cautivo en aquel desierto, apenas oida la respuesta del esclavo, dió la vuelta al sitio donde á Catalina habia dejado, y tomándola en brazos, trasportóla seguidamente á la cabaña.

Breve fué el tiempo de su ausencia de la choza, y no obstante, al regresar á ella encontróse con el salvaje, ya de pié y armado, y al viejo europeo animando la llama del hogar, para preparar sin duda una ó dos piezas de caza recién muerta, que, pendientes de una estaca, eran el mejor adorno de aquella rústica estancia.

Corta-orejas depuso su carga en el lecho que poco antes ocupaba el indio; y, no sabremos decir si por caridad ó egoismo, pero el hecho es que, despojando á Catalina de sus ropas, que estaban, como puede suponerse, en agua empapadas, abrigóla solícito con la manta del salvaje, y algunas pieles de venado que el mismo singular Anfitrión le puso en las manos, sin mirarle á él la cara, y aparentando no fijar su consideracion tampoco en la bella cristiana. Mas como Corta-orejas no habia nunca ejercido el oficio de camarera de dama alguna, ni sus ideas en punto á pudor pueda decirse que fuesen precisamente de las mas severas, aconteció que, al desnudar á Catalina, las mórbidas formas de la viuda del encomendero hubieron, al propio tiempo que á sus ojos, de revelarse á los del silencioso indígena de la Florida. Ahora, como las tales formas eran de belleza suma, y el salvaje apenas contaba veinteicinco años, y sus compatriotas femininas, espuestas de continuo á las inclemencias del cielo, y á los mas duros trabajos condenadas por sus brutales dueños, estaban muy lejos de poder competir con las hermosuras civilizadas, dejamos á la consideracion del lector hasta qué punto seria real y efectiva la indiferencia que el bueno del indio aparentaba.

Como primera muestra de su enternecimiento, dijo el salvaje una ó dos palabras al esclavo, á consecuencia de las cuales aquel, con toda la prontitud que la torpeza de sus años consentia, tomando una calabaza llena de cierto licor fermentado á manera de aguardiente, acercóse á la desmayada señora, y ayudándole el bravo, pudo hacerle

tragar cierta cantidad, bastante á que, instantáneamente reanimada, recobrará el sentido.

¡Oh! ¡Infeliz Catalina! Mas le valiera perecer en su letargo, que recobrar con su razon la facultad de apreciar su estado!

Porque apenas tendió la vista Catalina en torno de sí, viendo á Corta-orejas que con infernal sonrisa en los labios y concupiscentes ojos la contemplaba; y al indio que, no menos lúbricas, fijaba en ella sus ardientes miradas; y al esclavo envilecido y torpe, incapaz de defenderla, díjose la desdichada: "¡Perdida soy! La maldiccion de Juan Ponce va á cumplirse; y sacrificada en este mundo, estoy para siempre ya en el otro condenada."

Ya no creia siquiera en la misericordia Divina, que es haber llegado al supremo límite de la impiedad; ya no brillaba para ella esa luz divina de consuelo y de esperanza que, cual remoto faro, alumbraba al pecador en las tormentas de esta vida; ya el arrepentimiento le parecia imposible, olvidando que en nuestra religion, y en ella sola, puede con verdad decirse:

"Dichoso aquel que aprovecha

"La eternidad de un instante!!!"

Entre tanto Corta-orejas, el Aguila de las llanuras, y el esclavo, formaban, cada cual silenciosamente, su respectivo proyecto, para aprovecharse de las diversas eventualidades que las circunstancias les ofrecian.

Conocemos á Corta-orejas y sus designios lo bastante para que no sea necesario decir, en cuanto á él, mas que muy pocas palabras: queria hacerse dueño de Catalina aquella misma noche, obligarla á regresar en su compañía á la mañana siguiente para incorporarse al patron y marineros, quienes, segun sus cálculos, no se resolverian á embarcarse, aun cuando la tempestad cesara, dejando en tierra á dos pasajeros tan importantes, que para ellos solo se habia fletado el buque.

La presencia en la choza del indio y de su esclavo, era lo único que le estorbaba realizar en el acto la primera parte, á lo menos, de sus péfidos designios.

Hablemos ahora del cautivo europeo. Llamábase Juan Fernandez, y si tal nombre parece vulgar, la persona lo era mucho mas todavía. Descendiente de judíos y usurero en Sevilla, habiase embarcado con la expedicion de Pánfilo Narvaez el año 28 de aquel siglo, en calidad de sota-factor del ejército, imaginando que en América se apaleaba el oro como el trigo en las eras de la fértil Andalucía, y sobre todo que el negocio de víveres habia de ser tan productivo allá cual solia y suele serlo en los países cultos, cuando *cultamente* se hacen unos á otros esterminadora guerra. Llegó, empero, á la Florida, y encon-

trándose con que lejos de poder especular con la racion del soldado, faltábale á él la suya propia diariamente, á la segunda marcha tuvo por conveniente desertarse y dar la vuelta á la costa, buscando la escuadra por su propia cuenta. Como es fácil de suponer, no se habia separado un cuarto de legua del ejército expedicionario, cuando ya eran dueños los indios de su miserable individuo; y tales fueron sus contorsiones, plegarias, alaridos y villanas lágrimas para salvar la vida, que por desprecio mas que por lástima, condenáronle los salvajes á que viviese esclavo, ya que de morir como bueno se declaraba indigno. Cerca de veinte años de servidumbre en el desierto completaron la degradacion de aquella sórdida codiciosa naturaleza, de forma que, cuando el bajel de Catalina Ponce aportó á las incultas playas de la Florida, Juan Fernandez tenia menos instinto y tan servil temor á su dueño como el menos intelijente y bravo de los individuos de la raza canina al mas brutal de los amos posibles. Sin embargo, la fuerza del natural es invencible: el ex-sota-factor, aun siendo esclavo de pobres y desnudos salvajes, halló medio, á fuerza de astucia y de sutileza, de hacerse un considerable peculio, comerciando subrepticamente en pieles de venado y otras alimañas, con las tribus mas civilizadas que en el Norte habitaban. Tenia, pues, reunida y enterrada en paraje de él solo conocido, cantidad considerable de oro en planchuelas y joyas diversas. Su proyecto era, calculando que aquel hombre y aquella mujer (Corta-orejas y Catalina), debian forzosamente de haber aportado en una nave cualquiera á la Florida, indagar el paradero del buque y acojerse á él con sus riquezas.

Llegamos, en fin, al jóven salvaje, perteneciente á la menos culta raza de las indómitas que aquella península poblaban entonces; raza que en el antiguo mundo pudiera pasar por descendiente de Nembrot, y en el nuevo imitaba fiel sus costumbres. De la caza vivía y se sustentaba; la guerra era su esclusivo deleite. Sin hogar fijo, una especie de tienda de campaña, consistente en una lijerísima armadura de arcos de madera, que se cubria con esteras y pieles, constituia su habitacion durante la noche, en el punto á donde el azar ó la necesidad llevaban al salvaje. Con la aurora plegaba su tienda como el árabe en el desierto; y la mujer ó el esclavo cargaban con ella.

Por eso el *Aguila de las llanuras*, así llamado porque ni en la tierra habia fiera, ni ave en el viento que á sus temibles flechas sustraerse lograra por fuerza ó por maña, desdeñando y repugnando hasta el lazo de la union conyugal, lazo harto frágil entre aquellas bárbaras jentes, vagaba por las casi desiertas playas de la Florida, como el león en las arenas de la Libia, seguido por su esclavo, que al chacal reemplazaba.

Ver á Catalina, bella en realidad, y mas que bella lascivamente provocadora, aun en el estado de postracion en que se hallaba, y arder súbito en las venas del salvaje la activa llama de los deseos, fué

todo una misma cosa. "Esa mujer será mía;" se dijo; y hé ahí su proyecto.

Pero ¡cómo había de ser suya!—Comb la cabaña ajena que le acomodaba, cuando el huracan arrebatava ó el uso consumia la que hasta el momento le sirviera; como el venado que, por su desdicha, se le dejaba ver cuando los estímulos del hambre le afligian; como la vida del hombre que, hallándose en su camino, osaba resistirle ó no rendir párias á su valor y pujanza.—¿Cómo había de ser suya!—Por la fuerza y la astucia combinadas; porque la lealtad y el respeto á los ajenos derechos no son virtudes del estado salvaje, ni de sociedades corrompidas tampoco.

Nada mas sencillo, nada mas obvio para el Aguila de las llanuras que apoderarse de Catalina, porque un solo hombre se lo estorbaba, y á ese hombre fácil era matarlo. Un caballero provocara á su rival á duelo singular, con el piadoso objeto de quitarle la dama; un elegante de nuestra moderna sociedad tratara de hacerse amigo del propietario, para disfrutar luego, y gratis de su alhaja; parecióle al indio mejor medio la traicion para llegar á sus fines. Son tres sistemas distintos, entre los cuales tengo la debilidad de preferir el primero á cualquiera de los otros dos, por mas que se diga que eso de romperse los cascos por una mujer es locura digna de los tiempos bárbaros.

Pero volvamos al cuento diciendo que, mientras Catalina, vuelta en sí, meditaba amargamente sobre su deplorable suerte, y Juan Fernandez daba vueltas á un asador de palo, en el cual figuraba un succulento cuarto de venado, Corta-orejas, siempre con su paquete debajo del brazo, no apartaba los ojos del indio, espiondo una ocasion á propósito para clavarle la daga en el pecho; y el indio mismo, fumando su *calumet* ó pipa, con gravedad imperturbable, acariciaba voluptuosamente con la mano derecha el mango de su hacha, esperando solo un momento propicio para hacerle saltar el cráneo á su huésped.

Situacion tan violenta no podia ser durable: mas un azar, providencial acaso, precipitó la catástrofe.

Trueno espantoso hizo temblar la tierra en que la choza insistia: Catalina, prorumpiendo en desesperado grito, levantóse, desnuda como estaba, del lecho, clamando:

—¡Perdon, Juan Ponce, perdon!!! ¡No fui yo, sino Bocanegra! ¡Perdon, perdon!!!

Como era natural, quiso Corta-orejas acudir en auxilio de la infeliz, y en el mismo instante el Aguila de las llanuras, haciendo silbar sobre la cabeza del bandido el hacha formidable, hubiérale tendido ec-sánime á sus plantas, si aquel, con serenidad de ánimo casi increíble, no esquivase el golpe, arrojándose sobre el salvaje, cuyo cuerpo en-

lazó estrechamente, y trabando con él á brazo partido encarnizadísima lucha.

Entonces la adúltera parricida mexicana, presa de atroz delirio, ó ya por las furias infernales atormentada, asiendo un tizon ardiendo del hogar, y dando feroces alaridos, clamó:—“¡Fuego! ¡Sí; el fuego del infierno para nosotros los asesinos! ¡Malditos todos en este y en el otro mundo!”

Y con el abrazado flamífero leño azotaba los rostros de los luchadores que, rodando por el suelo enlazados cual dos ponzoñosas serpientes, rujian iracundos, y destrozábanse con manos y dientes, y por todos sus poros echaban rencor inestinguible.

Un solo viviente allí no lidiaba, ni proferia siquiera un solo acento: Juan Fernandez, quien á vista de tal escena, cuyo horror no acierta nuestra inhábil pluma á describir cumplidamente, arrojando lejos de sí el mecánico instrumento que manejaba, lanzóse sobre el paquete de las riquezas de Catalina, y dejando á esa caer sobre el indio y el bravo, salió de la choza á todo correr en busca de su escondido tesoro.

Brillaba ardiente el sol en la mitad de su carrera la mañana que siguió á la tremenda noche que hasta aquí nos ha ocupado. Despejado y sereno el cielo, no quedaba en él astro alguno de la pasada tormenta; y las verdes aguas del mar Atlántico, pacíficas, cual si pocas horas antes no hubieran intentado levantar sus olas al empuje, mecian blandamente un bajel que al paio permanecía tan inmediato á la costa, que apenas distaba de ella un tiro de mosquete.

La fortuna quiso que, si bien abandonado á sí mismo y solo en un áncora asegurado, se salvara el buque por D. Alonso fletado para salvar á Catalina, el patron y sus marineros, despues de haber, como dijimos, buscado con afán á sus dos pasajeros, aunque sin osar internarse en la tierra, embarcáronse al cabo, con propósito de permanecer cierto tiempo cerca de la costa, por si el bravo y la dama, extraviados acaso, acudian á ella.

En tal estado, y ya despues de medio dia, el vijía anunció que veia moverse en la playa algo entre fiero y hombre, á cuyo aviso, acudiendo el patron con su catalejo, divisó en efecto un bulto cubierto de pieles y arrastrándose por el suelo, pero con cabeza humana. Era Juan Fernandez, quien no osando andar como los racionales por temor de que algun salvaje le divisara, íbase á rastra acercando á la orilla, con la esperanza de que los del barco le acogiesen á su bordo. Y no salieron fallidos sus cálculos: hizo el patron armar una de las embarcaciones, y entrando en ella con los seis mas bravos de sus hombres, vogó á la playa, donde el ex-factor, palpitante de miedo y de esperanza, le recibió con humildes demostraciones, y locos estremos de gozo. Alegráronse los españoles de amparar á un compatrio-

ta desdichado, mas no por eso dejaron de preguntarle si habia visto á sus dos perdidos pasajeros, á lo cual respondió Fernandez con rotunda negativa: pero quiso su mala estrella que reconociese el patron el paquete de los efectos de Catalina, que fué tanto como descubrir su mentira. Entonces, y amenazado severamente, ya hubo el miserable de confesar la verdad toda, y hasta de prestarse á servir de guia á los del bajel, para que llevasen á cabo su proyecto, mas jeneroso que prudente, de acudir en auxilio de Catalina y Corta-orejas.

Y llegaron, en efecto, al sitio donde la tienda ó choza del Aguila de las llanuras habia estado; mas era tarde: un monton de cenizas, y algunos huesos mal calcinados fué lo único que encontraron.

¿Abrasó aquel albergue el fuego del cielo ó el de la tierra? Nunca pudo saberse.

Aterrado el patron, reembarcóse apresuradamente con Juan Fernandez, á quien, presumiéndole la tripulacion toda cómplice, si no autor del asesinato de sus pasajeros, se ahorcó solemne, aunque sumariamente de una antena.



CAPITULO III.

QUE ENTRE LOS PROVERBIOS DEL SAPIENTÍSIMO REY SALOMON PUDIERA FIGURAR EL CASTELLANO QUE DICE: "*Bien venido seas, Mal, si vienes solo.*"

SEPARÁMONOS de D. Fernando de Valdestillas en el momento en que el destino acababa de coronar la obra de su desventura con la mayor que acontecerle puede á un corazon amante, que es, sin duda, la de verse mal correspondido, sin que á la queja siquiera le quede algun derecho. Porque Elvira, siendo franca con él en tan críticas peligrosas circunstancias, procedia jenerosa y noblemente; porque Elvira, declarándose apasionada de Avila, cuando aquel se hallaba en peligro inminente de morir de mala muerte, daba en ello una prueba de la grandeza de su alma; porque Elvira, en fin, diciendo: *Amo á mi esposo*, cumplia una sagrada obligacion, y no le era lícito, ni posible al doncel acusarla y condenarla, ni aun en el secreto de su conciencia, por jenerosa, noble y santa!

Si alguna vez pudiera comprenderse el suicidio seria en circunstancias tales; pues muerta el alma, ¿cómo ha de vivir el cuerpo? Y cuando desaparece hasta la esperanza de que palpite unísono con el nuestro el corazon que nos cautiva, ¿no se ha muerto el alma, para este mundo caduco, para esta lóbrega prision, donde, entre penas, desengaños, culpas y remordimientos nos ajitamos?

Como quiera que sea, Fernando padecia un suplicio de esos que ni el consuelo tienen de ser comprendidos y de inspirar, por consiguieren-